

A CIELO ABIERTO

El mazo hizo un ruido seco al caer. Todos los presentes enmudecieron al instante y dirigieron la vista hacia el hombre que presidía la sala.

- Son ustedes terriblemente exasperantes ¿saben? Apáñenselas solos y firmen la sentencia en mi nombre. No pienso seguir escuchando este sinsentido de defensas y hechos.

El hombre salió de la sala lentamente, saboreando cada palabra que había dicho y observando cada mirada atenta y escrutadora que recaía sobre él mientras se preguntaba “*¿De verdad he sido yo quien ha hablado?*”

Continuó andando hasta que dejó atrás los juzgados y se adentró en el jardín de en frente del edificio. Hacía un día especialmente luminoso y tranquilo de primavera, bañado por una infinidad de colores y sonidos. Apenas recordaba la última vez que había paseado por esos jardines de cuento de hadas, llenos de árboles centenarios y olores dulces y suaves. Se acercó hacia la fuente que presidía el parque y se inclinó para echarse un poco de agua sobre el rostro. El contacto metálico de las gotas de agua sobre la piel refrescó su rostro y le tranquilizó. “*¿Qué acabo de hacer?, debería volver ahí dentro y continuar con la sesión, esto ha sido todo un disparate*” se decía volviendo la vista hacia el imponente edificio. “*Sí, eso voy a hacer, volver ahí dentro, pedir disculpas a todos, continuar con la sesión y cerrar el juicio*” -continuaba pensando mientras se levantaba del borde de la fuente.

Sin embargo, sus piernas no respondieron y, perdiendo completamente el equilibrio, viró peligrosamente hacia un lado cayendo de espaldas en la fuente y salpicando agua por todas partes estrepitosamente.

- ¿Qué demonios está pasando? – Gruñó furioso mientras se incorporaba asegurándose de que sus piernas hubieran recuperado el control y de que nadie hubiese visto su vergonzosa caída.

Al salir de la improvisada bañera se quitó la toga y trató de escurrir parte del agua que había absorbido, pero fue en vano. *“Ahora sí que tengo que volver al juzgado. Cogeré otra toga y continuaré con la sesión”* -volvió a repetirse mientras avanzaba con paso decidido hacia el principio del parque.

Contra todo pronóstico fueron esta vez sus brazos los que se descontrolaron y le hicieron empezar a agarrarse a árboles y farolas sin sentido. Se lanzaba de una a otra girando y bailando eufóricamente, esparciendo agua por doquier.

- Mamá, mamá mira, mira ¡es un aspersor! – Le señaló un niño fascinado.

El hombre, muerto de vergüenza y totalmente confundido, se arrojó al césped boca abajo, esperando hasta poder volver a controlar sus brazos. Todavía pasaron unos instantes antes de que los sintiese inertes, colgando, y respirara tranquilo. Agotado, después del espectáculo, se quedó tendido en el prado mirando al cielo con la ropa llena de barro y restos de hierba. *“No entiendo nada”*, fue lo único que se atrevió a pensar mientras observaba las nubes viajando a toda velocidad, surcando el cielo en pequeños grupos. *“Debería llamar a alguien, pedir ayuda”* decidió mientras abría la boca para gritar socorro.

Para su sorpresa en esta ocasión fue su lengua la que, por efecto de magia, quedó completamente adherida al paladar, impidiéndole formar cualquier tipo de palabra medianamente comprensible.

- Alulaaugaaoula ALUGUA ¡ALUAAA! – gemía de manera incomprensible.

En un último intento de buscar auxilio trató de levantarse, pero, ya sin causarle apenas sorpresa, su cuerpo al completo dejó de responder y empezó a serpentear por el césped.

Un estudiante que paseaba con su perro se acercó al hombre por la insistencia del pequeño yorkshire en ladrar a la gigantesca culebra.

- ¿Esto qué es? ¿Para una cámara oculta o algún rollo así, tío? – preguntó. – Venga va, dime dónde está la cámara, tío. – insistió entre risas.
- ¡ALULAAAA! – intentó una vez más chillar el hombre.
- Uo, uo no hace falta que te pongas así, tío, ya lo pillo, si quieres seguir con tu movida rara nosotros nos vamos. – dijo mientras tiraba de la correa de su perro que se había empeñado en mordisquear los zapatos del juez.

El hombre, desesperado, se rindió. “*No puedo más*”, y cerró los ojos. Como por efecto todos los músculos de su cuerpo se inmovilizaron y una descarga eléctrica le atravesó induciéndole un sueño muy ligero.

Cuando se despertó, una extraña mujer le analizaba detenidamente, sin atreverse a tocarle. Era sorprendentemente hermosa. Vestía una falda vaporosa que ondulaba suavemente entre sus piernas y un sinfín de tirabuzones cobrizos surcaban su pecho y espalda cayendo divertidos desde su cabeza. Las manos, pálidas y alargadas, las llevaba cubiertas por anillos de todo tipo de formas.

- Hola, ¿cómo estás? – le preguntó con un semblante afectuoso mientras le tendía una taza de té que parecía sacada de un anticuario.

El juez no respondió. Se limitó a observar a la mujer y a la taza repetidamente sintiéndose aún desconfiado.

- Tienes que bebértelo si quieres que el dragón salga de tu interior. – Indicó ella divertida mientras daba un trago a su taza.
- ¿Cómo?
- Un pequeño dragón te ha elegido. No a todo el mundo le ocurre, solo algunos afortunados podemos presumir de ello. Es fascinante. – Comenzó mientras se acomodaba en el césped junto al juez y sorbía poco a poco su té. – Cada dragón que nace puede elegir a un ser al que cuidar y proteger durante su vida. Cuando muere, el dragón le recoge y le lleva con él. Un dragón te ha elegido y ahora cuidará de ti.

El hombre miró incrédulo a la mujer sin decir nada.

- Puede que te parezca inverosímil, pero todo lo que te ha ocurrido hoy es la demostración de la existencia de tu guardián. Al elegirte se ha colado dentro de ti y no sabe cómo salir. Nuestra tarea ahora es guiarle hacia el exterior y liberarle a cielo abierto.
- ¿Y para eso es el té?– Preguntó el hombre en un esfuerzo por comprender.
- Exacto. El té, o la infusión, ambos facilitan la salida del dragón y le unen a la persona. Adelante, da un sorbo. – le animó.

Instantáneamente comenzó a sentir un cosquilleo por todo el cuerpo y, de repente, una pequeña cabecita seguida de un cuerpo escamoso salió por una de sus orejas. La diminuta criatura se posó en su hombro mientras abría las alas, aceptando las caricias de la extraña mujer que lo miraba hechizada.

- Cógelo con las manos y anímalo a volar. – Susurró mientras seguía mirando al precioso dragón de colores.

El hombre obedeció y unos minutos después el animalillo, que aún dudaba sobre la capacidad de sus alas, echó a volar entre los árboles torpemente, chocando con cúmulos de flores y dejando tras su paso un rastro de polen brillante.

- Ahora él te cuidará. – Dijo la mujer todavía hipnotizada mientras se reclinaba sobre la hierba y cerraba los ojos en paz.

El hombre, decidido a no volver a molestar a aquella desconocida por unos instantes, la imitó y cerró los ojos inspirando profundamente.

Al abrir los ojos se encontró de nuevo en el juicio, escuchando la defensa de la que huyó en una primera instancia. Resuelto a que todo lo que había ocurrido no había sido más que un sueño, observó la sala y a sus acompañantes. Nadie parecía extrañado y todo continuaba con la misma monotonía que tiempo atrás. Cansado se frotó el rostro con ambas manos permaneciendo unos segundos con la mirada perdida. Un breve destello proveniente del fondo del tribunal le sobresaltó, poniéndole alerta. Desvió la vista hacia su mazo y vio, para su sorpresa, un pequeño símbolo con forma de dragón alado inscrito en él.